

Una aportación a la lengua de los espirituales españoles: en torno al léxico estelar¹

FELIPE GÓMEZ SOLÍS
Universidad de Córdoba

1.0. Este trabajo analiza el léxico del sol y de las estrellas en la literatura espiritual del Siglo de Oro y se ha tomado como base la existencia de una imagen².

Las imágenes estelares se encuadran dentro del gusto general por la Naturaleza y arrastran tras sí una dilatada tradición, presente en casi todas las culturas primitivas, aunque —como ha indicado Mircea Eliade siguiendo a James Frazer— se hace «notar la inconsistencia de los elementos solares en Africa, Australia, Melanesia, Polinesia y Micronesia. Inconsistencia que aparece también, con muy pocas excepciones, en América del Norte y del Sur. Sólo Egipto, en Asia y en la Europa arcaica, eso que se ha llamado el «culto al sol» gozó de un favor que, en ocasiones, en Egipto, por ejemplo, pudo

¹ Este trabajo forma parte del capítulo VI «Imágenes ígneo-luminosas» de mi tesis doctoral *Índice de metáforas y de imágenes de la literatura espiritual española (siglos XVI-XVII)*, dirigida por el Dr. Ricardo Senabre (Universidad de Salamanca), y que mereció la calificación de Apto *cum laude*. Se han hecho algunas pertinentes adiciones.

² La relación de autores incluye tres carmelitas, un franciscano, tres agustinos y un jesuita. La nómina de obras con sus abreviaturas es la siguiente: 1. San Juan de la Cruz: *Cántico espiritual* = *Cántico* (se ha seguido la edic. de Cristóbal Cuevas, *Cántico espiritual. Poesías*, Madrid, Alhambra, 1983). 2. Santa Teresa de Jesús: Las que están en *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1954, vol. II, edic. de Efrén de la Madre de Dios; especialmente *Moradas del castillo interior* = *Moradas*, *Meditaciones sobre los Cantares* = *Meditaciones* y algún poema. 3. Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios: *Diez lamentaciones del miserable estado de los ateístas de nuestros tiempos* = *Las diez lamentaciones* (edic. del P. Otger Steggink, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959). 4. Fray Francisco de Osuna: *Tercer abecedario espiritual* = *Tercer abecedario* (edic. de la NBAE, 16, 1911, en *Escritores místicos españoles*, I). 5. Fray Luis de León: *Poesías* (edic. de Oreste Macrí, *La poesía de Fray Luis de León*, Salamanca, Anaya, 1970). 6. Fray Pedro Malón de Chaide: *La conversión de la Magdalena* = *La Magdalena* (edic. del P. Félix García, Madrid, Espasa-Calpe, 1957-1959, 3 vols., col. *Clásicos Castellanos*, núms. 104, 105 y 130). 7. Fray Luis de Alarcón: *Camino del cielo. Y de la maldad y ceguedad del mundo* = *Camino del cielo* (edic. del P. Angel Custodio Vega, Barcelona, Juan Flors, 1959,

llegar a tener verdadera preponderancia»³. A Mircea Eliade se le debe, pues, el estudio más completo acerca de la presencia del sol en diferentes culturas (pasando por la cristiana), concretamente en el apartado «El sol y los cultos solares» de su *Tratado de historia de las religiones*⁴. Igualmente, se puede acudir a María Jesús Fernández Leborans en su *Campo semántico y connotación*⁵ o a Xavier León Dufour en su *Vocabulario de teología bíblica*⁶.

2.0. Los valores más frecuentes de estas imágenes son los que siguen:

2.1. SOL = «DIVINIDAD»

La equivalencia *sol* = «divinidad» pertenece al proceso coherente, que caracteriza a todas las imágenes de la espiritualidad española. Si el *sol* es el centro del sistema planetario, idea que se recoge en el *Tesoro* de Covarrubias⁷, la divinidad constituye lógicamente el centro de las experiencias místicas. De ahí que el *sol*, como Dios, sea la fuente de *luz*, como afirma Pedro Malón de Chaide en su *Conversión de la Magdalena* (t. I, II, cap. 3, 99). Se trata, además, de una imagen utilizada ya por Platón, y que atestigua el propio Malón de Chaide en más de una ocasión:

Dionisio, y antes que él Platón, compara al *sol* con Dios, y dice que se parecen mucho; y es, porque así como el *sol* alumbrá los cuerpos y los calienta, así Dios con su rayo divino dá a los ánimos el resplandor y la luz de la verdad y el ardor y calor de la caridad. Y así como el *sol* todo lo vivifica, todo lo actúa y le dá ser, todo lo ilustra; dá luz a los ojos, para que vean; colores a

col. *Espirituales Españoles*). 8. Padre Luis de la Puente: *Vida del P. Baltasar Álvarez = Vida del P. Baltasar* (en *Obras escogidas del V. P. Luis de la Puente*, BAE, CXI, 1958, edic. del P. Camilo María Abad). Asimismo, desde un punto de vista metodológico se han separado aquí la metáfora (relación sintagmática) y la imagen (elemento insólito), como ha indicado R. Senabre en *Lengua y estilo de Ortega y Gasset* (Salamanca, Universidad, *Acta Salmaticensia*, t. XVIII, núm. 3, 1964, 129-130) y en «Imágenes marítimas en la prosa de Ortega y Gasset» (*Archivum*, XIII, 1963, 219).

³ ELIADE, M.: *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1981, 142. Cfr. también CIRLOT, Juan-Eduardo: *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor (Nueva Colección), 1979, 416 y sigs.

⁴ ELIADE, M.: *Ob. cit.*, 142-169.

⁵ Vid. el E.V. «Los fenómenos cósmicos “luz” y “oscuridad”: significado y connotación en las sectas y sociedades del mundo mítico» (Madrid, Cupsa, 1977, 124-134).

⁶ LEÓN DUFOUR, X.: *Ob. cit.*, Barcelona, Herder, 1975, 107-109.

⁷ «Es entre los planetas el mayor, y así se llama en la Escritura *luminaire matius*» (*Tesoro de la Lengua castellana o española*, Barcelona, Horta, I. E., 1943, 2 vols., edic. de Martín de Riquer según la impresión de 1611 con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en 1674, s.v. *sol*).

los cuerpos, para que sean vistos; claridad al aire, que es el medio, para que se forme el acto del ver: así Dios es acto de todas las cosas y el que a todas ellas les da fuerza y vigor (t. III, IV, cap. 53, 105)⁸.

También otro agustino, como Fray Luis de León, se basa en la imagen solar (Platón) para la composición de la oda «Inspira nuevo canto» (núm. 4), donde se describe la bajada del alma al cuerpo después de pasar por los diferentes planetas⁹.

Aparte de tales espirituales, otros escritores han acudido a este lugar común, como San Juan de la Cruz y Santa Teresa, posiblemente por la herencia de Osuna¹⁰. El carmelita equipara el *sol* al Esposo en el comentario a los versos «Aguas, ayres, ardores, / y miedos de las noches beladores», de la canción 20 del *Cántico espiritual*:

Assí este divino *sol* de el Esposo (237).

Como puede observarse, la equivalencia *sol* = «Esposo» responde aquí al código lingüístico erótico¹¹ empleado por San Juan de la Cruz. De la misma forma, pero con más insistencia, Santa Teresa usa *sol* = «divinidad»¹² en las *Meditaciones* y en las *Moradas*. En casi todos los casos existe la asociación con el *árbol*, pero el *árbol* de las *Meditaciones* constituye un elemento erótico también (*manzano* = «Esposo»): «¡Válgame Dios, qué metida está el alma y abrasada en el mismo *sol*! Dice que se sentó a la sombra del

⁸ O estos otros casos: «El Señor es mi luz, *sol* mío» (t. I, I, cap. 4, 72) o «Por esto se llama *sol*; porque así como el *sol* entra por cualquier agujerito de la ventana, por pequeño que sea, así también Dios, por cualquier entrada que le deis, por cualquier ocasioncita, por un oído que dejéis abierto, por una palabrita, por un suspiro dado con deseo» (*id.*, II, cap. 3, 91).

⁹ Cfr. los comentarios que hace O. Macrí en *ob. cit.*, 315-319; concretamente los versos son los siguientes: «Hermoso *sol* luciente, / que el día das y llevas, rodeado / de luz resplandeciente / más de lo acostumbrado, / sal ya: verás nacido tu traslado [...] Alma divina, en velo / de femeniles miembros encerrada, / cuando veniste al suelo, / robaste de pasada / la celestial riquísima morada» (227).

¹⁰ «Sea tu ánima como espejo de acero, que tanto mejor recibe el *sol* cuanto en sí está más acicalado» (*Tercer abecedario*, trat. XIX, cap. 3, 540).

¹¹ Con relación al término *erótico* se ha seguido la acepción primera del *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*, 20.^a edic., Madrid, Espasa Calpe, 1984: «amatorio» (s. v. *erótico*). Un análisis más pormenorizado de estas imágenes y de otras relacionadas se puede ver en nuestra obra *Imágenes eróticas y bélicas de la literatura espiritual española (siglos XVI-XVII)* (Cáceres, Universidad de Extremadura, Anejo del *Anuario de Estudios Filológicos*, núm. 6, 1990).

¹² Vid. FERNÁNDEZ LEBORANS, M. J.: *Campo semántico y connotación, cit.*, 142 y sigs.; «La antinomia "luz" / "oscuridad" en la obra de Santa Teresa de Jesús», en *Luz y oscuridad en la mística española*, Madrid, Cupsa, 1978, 116-123, 94-95.

que había deseado. Aquí no le hace sino *manzano*» (cap. 5, 616). Por el contrario, el *árbol* de las *Moradas*, que se equipara al alma, no contiene tal referencia:

De esta fuente adonde está plantado este *árbol* de nuestras almas y de este *sol* que da calor a nuestras obras (primeras, cap. 2, 347); Porque proceden de esta fuente de vida adonde el alma está como un *árbol* plantado en ella [...] Es de considerar aquí que la fuente y aquel *sol* resplandeciente que está en el centro del alma no pierde su resplandor y hermosura (*id.*, 346)¹³.

La relación *sol* - *Dios* - *amor* se encuentra también en los agustinos Fray Luis de León y Pedro Malón de Chaide mediante la noción «hermosura», valor que se constata en obras lexicográficas de la época como en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de Gonzalo Correas; en el *Diccionario de Autoridades* (1726-1739)¹⁴ y en las construcciones coloquiales «Más hermosa que un sol» o «Cuatro niños como cuatro soles», que ha recogido Werner Beinhauer¹⁵. Se trata, pues, de una equivalencia frecuente en la literatura amatoria¹⁶. Vemos así fórmulas metafóricas, como éstas:

Como ven aquel *sol* de infinita belleza, amante eterno de sí mismo [...] ¡Oh, *sol* resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! (*La Magdalena*, t. I, I, cap. 1, 55-56); Díme, Amante eterno, díme, Dios milagroso, díme, *Sol* de infinito resplandor, Espejo de incomparable belleza, ¿qué es esto que tan apasionado te muestras por mí, como si te fuese la vida a Ti? (t. II, III, cap. 40, 269-270) y ¡Oh, *Sol* divino, Rey de gloria, secad con vuestros rayos aquellas fuentes [...]! (t. III, III, cap. 45, 61).

La belleza subyace también a la oda mística «Alma región luciente», de Fray Luis de León¹⁷.

¹³ En el ejemplo que sigue ha desaparecido la referencia al *árbol*, pero está presente otra nueva, el *palacio*: «Y a todas partes de ella se comunica este *sol* que está en este *palacio*» (349). La asociación *sol* - *palacio* se observa también en el refranero de la época: «Los aires y los soles de marzo, queman las dueñas del palacio» (CORREAS, Gonzalo: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1924, 2.ª edic., 19). En el Congreso Internacional «La eclosión de la espiritualidad en la España del XVI: Aspectos literarios y lingüísticos de la mística carmelitana» (Ávila, 25-27 de noviembre de 1988) expusimos la imagen del *árbol* (*Actas*: MANCHO DUQUE, M.ª J. (ed.), Salamanca, 1990, 133-142).

¹⁴ «Allá se me ponga el sol, do tengo el amor» (*Vocabulario de refranes...*, cit., 40); «Epíteto, que se da alguna persona, especial en belleza, sabiduría, o santidad» (*Dicc. Aut.*, s. v. *sol*).

¹⁵ BEINHAUER, W.: *El español coloquial*, Madrid, Gredos, 1978, prólogo de Dámaso Alonso, versión española de Fernando Huarte Mortón, 309 y 300 respectivamente.

¹⁶ PÉREZ-RIOJA, José Antonio: *El amor en la literatura*, Madrid, Tecnos, 1983, 145.

¹⁷ Entresaco aquí algunos versos: «Y de su esfera cuando / la cumbre toca, altísimo subido, / el *sol*, él sesteando, / de su hato ceñido, / con dulce son deleita el santo oído [...] / ¡Oh son! ¡oh voz! ¡siquiera / pequeña parte alguna decendiese / en mi sentido, y fuera / de sí el

El *sol* se relaciona además con la hermosura por el *cabello de oro* en *La conversión de la Magdalena*¹⁸ y el desarrollo metafórico *rayo* = «*hermosura*», que ofrece Pedro Malón de Chaide, primero con una estructura atributiva (A es B):

Hermosura es el acto o *rayo* que de allí nace y se derrama y penetra por todas las cosas (t. III, IV, cap. 55, 119);

después con la fórmula de complemento preposicional (B de A):

El *rayo* de la Hermosura soberana la ha arrebatado a su centro, que es Dios (cap. 57, 129)¹⁹.

Obsérvese, por otra parte, cómo San Juan de la Cruz habla del «oro de los divinos *rayos* —que son los ojos deseados» (*Cántico*, canción 12, comentario al verso «Si en esos tus semblantes plateados», 183), donde se halla la metáfora *rayos divinos* = «ojos», variante de *soles* = «ojos» —de uso preeminente en la poesía amorosa—, que recogen el *Diccionario de Autoridades* y Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*²⁰.

Aparte de la asociación *sol* - *amor*, la imagen solar acarrea otros valores que proceden de los efectos de la realidad (*sol*) de la que se toma como base. Tales efectos han sido recuperados por Pedro Malón de Chaide, quien los recoge de San Jerónimo en *La conversión de la Magdalena*. En efecto, la divinidad presenta la consideración del *sol* por el calor:

Añade el glorioso San Jerónimo otra razón, escribiendo a Hedibia: «Así como, con ser uno el calor del *sol*, con todo eso, por la diversidad de las naturalezas que las cosas inferiores tienen, vemos que hace diversos efectos, que a unas ablanda como a la cera, y a otras endurece como el lodo y barro, y, con ser así,

alma pusiese / y toda en ti, oh Amor, la convirtiese!; / conocería dónde / sesteas, dulce Esposo, y, desatada / desta prisión adonde / padece, a tu manada / viviera junta, sin vagar errada» (núm. 13, 247).

¹⁸ «Del *sol*, y con las fieras encerrado / estoy; hasta que esconde el rojo Apolo / a los mortales su *cabello de oro*» (t. II, III, cap. 30, 133); la asociación *sol* - *cabello de oro* obedece en este caso a la semejanza por el color amarillo.

¹⁹ Vid. esta otra fórmula en donde se establece la equiparación *rayo* = «*amor*»: «Y ahuyentado mi noche negra, oscura, / el *rayo* de tu amor deshizo el hielo» (t. III, *Exposición sobre el salmo LXXXVIII*, 184). Pero como contraste, Fray Luis de León emplea el *rayo* como elemento bélico al asociarse al Apóstol Santiago con el valor «destrucción»: «Como *rayo*, ligero, / cuanto le va delante destroza y desbarata en un instante» (oda núm. 20, 262).

²⁰ «Usado en plural, se toma por los ojos hermosos» (*Dicc. Aut., s.v. sol*); «Sal, sol, y dame en este ojo; sal, sol, y dame en este otro» (*Vocabulario de refranes...*, cit., 442) o «Solo rojo, agual al ojo» (*id.*, 465).

no es más que una naturaleza sola del calor; así Dios, nuestro Señor, con la misma luz se dice que ciega al que tiene enfermos los ojos del alma, que son el deseo y la intención, y que alumbra al bien inclinado; y con el mismo beneficio ablanda y trae a sí a éste, y al otro endurece y le retira [...]» (t. I, II, cap. 11, 213)²¹.

Todos estos efectos (*ablandar, endurecer, cegar, alumbrar*) se ponen, pues, de relieve. En primer lugar, la intensidad de la luz solar produce un *resplandor*:

Sol de infinito resplandor (*La Magdalena*, t. II, III, cap. 40, 269);
Tú, *Sol* de luz eterna, por quien viene / el claro resplandor al alma mía (*id.*, t. III, *Exposición sobre el salmo LXXXVIII*, 181),

que, en algunos casos, quema y ciega los ojos de los que miran al *sol*:

Y dice Sant Juan que viendo el rostro que como *sol* resplandecía, cayó a sus pies como muerto, porque aun para contemplar las cosas pequeñas e más bajas de Dios, que son figuradas en los pies, no tiene fuerzas nuestra poquedad humana, e así como viendo el *sol* se turban nuestros ojos, así queriendo, mientras moramos en este destierro, contemplar curiosamente las cosas de Dios, se ciegan los ojos del ánima (*Tercer abecedario*, trat. III, cap. 1, 349).

Nótese cómo Osuna incorpora imágenes zoológicas relacionadas con el *sol*, como el mosquito que «se quema por bolar a la lumbre e conocer aquella claridad que de noche ve resplandecer» (*ibid.*) y, sobre todo, el *águila* —ave que gusta de la luz solar y que expulsa del nido a los aguiluchos que no resisten su intensidad²². Así pues, si la *luz del sol* («Cristo») es tan intensa, se hace necesario algún elemento, como la *nube*, que atenúe su fuerza. Tal proceso lógico y coherente se encuentra en las *Meditaciones* teresianas:

Y en esta sombra de la Divinidad (que bien dice sombra porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de esta *nube*), está aquel *sol* resplandeciente (cap. 5, 618).

²¹ Cfr. esta formulación similar de Luis de Alarcón: «Mas en el tiempo de la oración, es como en la hora del mediodía, en la cual la luz de la noticia divina está del todo clara y pura, y el calor del *sol* del celestial y divino amor calienta y enciende nuestro corazón con mayor fuerza y fervor» (*Camino del cielo*, I, cap. I, 72).

²² Traigamos aquí esta muestra: «Pues que así es, con mucha razón devemos, según dijo Isaías, tomar alas a manera de águila, que persevera más volando que otra ave alguna; y no curemos mucho de los ojos agudos del *águila*, que son las especulaciones que escudriñan la lumbre del *sol* de justicia muy encumbrada» (trat. XXIII, cap. único, 586).

En segundo lugar, el *sol* se asocia a la «luz»²³:

Los pecadores, que no acaban de caer en que Dios es clarísimo *sol* que todo lo alumbra, piensan que no verá los pecados que de ellos cometen en tinieblas (*La Magdalena*, t. II, III, cap. 33, 171),

que arrastra consiguientemente la mención «conocimiento» del verso luisiano «Pues que quedé sin luz del *Sol* divino» (apéndice IV, 283) y que conduce a la relación *sol* - *recogimiento* dentro del código espiritual de Osuna:

Es así como *sol* que a todos alumbra (*Tercer abecedario*, trat. XV, cap. 1, 482)²⁴.

Y en tercer lugar, el *sol* derrite la *cera* («alma»), imagen empleada por Osuna:

Esto dice porque esta memoria es como *rayo de sol* que derrite el ánima que es blanda como *cera* (*id.*, trat. XI, cap. 4, 446).

He aquí otra formulación también inequívoca:

El ánima es como *cera* que puesta al *sol* se derrite por amor del *rayo* que en ella infunde su majestad; y la humildad pone fuerzas al ánima para perseverar en esto, haciéndose conocer que así como la *cera* apartada del *sol* se torna a endurecer, así en apartándose ella de Dios caerá en su dureza y perderá aquel recogimiento y blandura de amor que del Señor tenía (trat. XIX, cap. 3, 540).

2.2. EL MUNDO DE LAS ESTRELLAS

Junto a *sol* = «*divinidad*» se entrecruza el mundo de las estrellas, que presenta una función similar al sol. En efecto, si el sol se identifica con Dios por ser el centro del sistema planetario, las *estrellas* equivalen a las almas piadosas y a los santos. Pero entre *sol* - *divinidad* y *estrellas* - *santos*, Pedro Malón de Chaide opone *sol* / *luna* = «*Virgen María*» - / «*Magdalena*»²⁵ por

²³ La asociación *sol* - *luz* se recoge en las obras lexicográficas de la época, como en el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* de G. Correas: «Si el sol me alumbra, no he menester la luna» (452).

²⁴ Hay que añadir además la equiparación *sol* = «verdadera doctrina» (**Las diez lamentaciones**), en oposición a la doctrina protestante: «Abrió el pozo del abismo, de donde salió el humo con que se oscureció el *Sol* de la verdadera doctrina» (primera, 114).

²⁵ La relación *sol* - *luna* se observa también en el refranero de la época (cfr. CORREAS, G.: *Vocabulario de refranes...*, cit., 151).

la presencia o ausencia de pecado. Aquí la Virgen, de la misma forma que el *sol*, constituye el centro, es la Inmaculada. Veamos, pues, cómo se formula tal idea:

¡Oh, qué dos Marías, cristianos: María Virgen y María penitente! Las dos lumbreras de nuestro cielo terreno; María Virgen, la mayor, es nuestro *sol*; el sol jamás pierde de su luz; María, Madre de Dios, jamás padeció tinieblas de pecado, no supo qué cosa era noche de culpa [...] Es el *sol*, es la mayor lumbrera, nunca pasó de pecado a gracia [...] Mas hay otra lumbrera menor, la *luna*, que preside a la noche, que da luz a las tinieblas, Magdalena, que padece eclipse, que pasa de tinieblas a luz, de pecado a gracia [...] María preside a los inocentes, como el *sol* al día. Magdalena a los pecadores, como la *luna* a la noche (*La Magdalena*, t. II, III, cap. 40, 262-263).

Obsérvese cómo en esta equiparación se halla la noción hermosura, en contraste con la fealdad, que origina el pecado, mención que sirve de base para *estrellas* = «*personas piadosas*» —equivalencia utilizada por el P. Luis de la Puente en *Vida del P. Baltasar Alvarez* en más de una ocasión²⁶. Igualmente se encuentra *estrellas* = «*santos*»:

Los santos son como muchas luces delante del Santísimo Sacramento; son rayos del verdadero sol de justicia; son *estrellas* del firmamento (cap. 26, 129).

La equivalencia se realiza cuando es una santa, como ocurre en *estrella* = «*Santa Catalina*», de Santa Teresa: «Oh gran amadora / Del Eterno Dios, / *Estrella* luciente, / Amparadnos vos» (poema núm. 18, 958).

3.0. CONCLUSIONES

1. En este estudio se ha analizado el léxico estelar que los espirituales españoles del Siglo de Oro utilizan para describir las experiencias místicas. 2. Se han tenido en cuenta, entre otras, obras lexicográficas de la época, como las de Gonzalo Correas o Sebastián de Covarrubias. 3. El *sol* se equipara a la divinidad y presenta, por tanto, un proceso coherente: el *sol* es el centro del sistema planetario y la divinidad constituye también el centro de las experiencias místicas. Estas imágenes han sido empleadas, sobre todo, por

²⁶ Sirvan como muestras estos ejemplos: «Seréis como las *estrellas* al mediodía, que una que parezca en el cielo, espanta al mundo» (cap. 24, 121) o «Pero esto le ayudó mucho su grande familiar el P. Martín Gutiérrez, que fue una de las *estrellas*» (cap. 26, 128).

los agustinos Fray Luis de León y Pedro Malón de Chaide (siguen a Platón) y, como en San Juan de la Cruz y Santa Teresa, ofrecen asociación con el amor por la hermosura. Tales imágenes acarrearán además otros valores que subyacen a la realidad solar (*calor, ablandar, endurecer, cegar o alumbrar*).

4. El mundo de las *estrellas* ofrece una función similar. En efecto, si el sol equivale a Dios, las *estrellas* se equiparan a las almas piadosas y a los santos.

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA ESPAÑOLA, Real: *Diccionario de Autoridades (1726-1739)*, Madrid, Gredos, 1979, 3 vols. *Diccionario de la lengua española (DRAE)*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, 20.ª edic., 2 vols.
- BEINHAUER, W.: *El español coloquial*, Madrid, Gredos, 1978, prólogo de Dámaso Alonso, versión española de Fernando Huarte Mortón.
- CIRLOT, J. A.: *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor (Nueva Colección), 1979.
- CORREAS, G.: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1924, 2.ª edic.
- COVARRUBIAS, S. de: *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Barcelona, Horta, I. E., 1943, edic. de M. de Riquer, según la impresión de 1611 con las adiciones de Benito Remigio Noydens publicadas en 1674.
- ELIADE, M.: *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1981.
- FERNÁNDEZ LEBORANS, M. J.: *Luz y oscuridad en la mística española*, Madrid, Cupsa, 1978.
- FERNÁNDEZ LEBORANS, M. J.: *Campo semántico y connotación*, Madrid, Cupsa, 1977.
- GÓMEZ SOLÍS, F.: *Imágenes eróticas y bélicas de la literatura espiritual española (siglos XVI-XVIII)*, Cáceres, Universidad, 1990.
- LÉON DUFOUR, X.: *Vocabulario de teología bíblica*, Barcelona, Herder, 1975.
- MACRÍ, O.: *La poesía de Fray Luís de León*, Salamanca, Anaya, 1970.
- PÉREZ-RIOJA, J. A.: *El amor en la literatura*, Madrid, Tecnos, 1983.
- SENABRE, R.: *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, Universidad, 1964.
- SENABRE, R.: «Imágenes marítimas en la prosa de Ortega y Gasset», *Archivum*, XIII, 1963, 216-233.